

EL VIAJE LITERARIO, por *Domingo Melfi*

Manifiesta el autor de «El viaje literario», en este libro, así como en todos los títulos que eslabonan su línea de escritor, tal temperamento creador de vida y buceador de valores humanos, que a veces bien podrían identificarse sus ensayos con las formas literarias del cuento o la novela. Basta recordar la cálida y profunda atmósfera de sus estudios de naturaleza histórica, relacionados con hechos y hombres, de sus monografías literarias y de otros tipos de creación crítica, para apuntar la tónica que orienta su ya larga vida literaria. Ni una sola vez, si mal no recordamos, se ha alejado de este tipo de trabajo que se ha dado en llamar ensayo, género nacido, sin duda en la concordancia de la vida moderna, de una sensibilidad clarividente y de una disposición razonadora de más que normal densidad. Siempre pienso que el ensayista guarda un temperamento que por medida no apuró el impulso que surgía desde el fondo de la sangre hacia los espacios del argumento de ficción, audaz y libre, y se quedó en el tema firme, sostenido en verdades o en imágenes que valen como premisas para el proceso del análisis y su composición en el tiempo y el ambiente. De este ágil empleo del pensamiento impregnado en el hecho vivo, en la idea fresca, enriquecido en el símil, arranca el hechizo del ensayo y su privilegio en la atención del hombre actual. En ocasiones, su rica substancia de verdad esencial y de elementos universales, le ha dado rango, a que por lo demás el género no aspira, de tentativa filosófica.

El reciente libro de Melfi recoge un buen espacio de nuestra historia intelectual y literaria, y arranca desde Jotabeche para cerrarse con los escritores de la llamada generación del 900. Los trazos que corresponden a cada nombre nos ofrecen una intensidad variable que va desde el ligero esbozo lineal al estudio acabado, valorización que en el libro se armoniza mejor con la presteza y calor del recuerdo, con la fuerza de la sim-

patía, antes que con la jerarquía que deriva de la obra realizada. Naturalmente, un libro hecho a base de recuerdos, referencias y notas, animado principalmente por el contacto personal y por la huella viva del ayer, que aún tiembla en el presente, propende desde luego a crear en el lector de ahora y de mañana la intimidad total del hombre que en sus libros se trasvasó perdiendo su original identidad,

Junto a los valores definidos, que la historia literaria y la crítica han recogido, aparecen en el libro nombres desconocidos, escritores y poetas que colmaron su tiempo con una cosecha esplendente y fugaz, consumida antes que el tiempo pudiera aquilatarla. Los nombres de René Brikles y de Oscar Sepúlveda dan vida a dos emocionados capítulos de «El viaje literario». Acaso la obra de estos hombres, desperdigada e incompleta, mal comprendida por la jauría crítica de entonces, mereciera un sitio distinto en el recuento definitivo. Los solitarios y los insumisos siempre han sido lapidados con el silencio por aquellos a quienes no se acercaron, quizás si por indiferencia o por desprecio.

El centro del libro que comentamos lo ocupa el ensayo sobre la permanencia de Rubén Darío en Chile. Estas cien páginas de intimidades de la vida intelectual chilena y de análisis de la obra realizada por el gran nicaragüense en nuestra tierra, exaltan la calidad del libro. Estudio de ancha base, rico y penetrante en la semblanza de los tipos tan diversos que rodearon a Darío y en la temperatura de un aire que se enrarecía más allá de los metros de tierra que pisaban los intelectuales de aquel tiempo. Melfi revisa la jerarquía espiritual de las diversas clases sociales de la época y destaca el desamparo que debía envolver aquellas vidas privilegiadas que, como la de Rubén y sus amigos, llevaban un paraíso en sus almas. Este ensayo sobre el poeta extranjero nos parece lo más denso escrito en Chile sobre el tema, pese a la serie de estudios críticos, algunos muy voluminosos, que la investigación ha consa-

grado al vate. Como ensayo nos parece excelente modelo y en él el autor conjuga el pleno dominio de los elementos, tomando la materia necesaria y dando de sí el soplo creador que toca con sus flúidos hasta la última línea.

En orden de simpatía desfilan las figuras de Mariano Latorre, con el característico parpadear que precede a sus palabras, Díaz Garcés—gajo de pasado hecho presente en el libro de Melfi—, Ricardo Latcham y sus frases ardientes e incisivas, Samuel Lillo, Luis Orrego Luco, Vicente Grez, Eduardo Barrios vive en estas páginas con tintas grises que lo definen débilmente en un pasado y en un presente poco de acuerdo con la firme calidad de su obra literaria,

Entre las semblanzas apuntadas se abren cortos capítulos en que el autor vierte sus reflexiones sobre temas que tienen un interés ardiente para la vida literaria de nuestra tierra y corresponde al interrogante que alimenta la discusión de corrillos y sobremesas. Uno se titula «Notas sobre crítica» y en él el autor hace algunas sugerencias sobre la posición del crítico frente al escritor y la obligación que incumbe al primero, de completar la obra del segundo. La creación literaria o artística exige de parte del crítico un mínimo de comprensión del espíritu del escritor y de su persona,

El capítulo rotulado «El amor en la novela chilena» pudo haber sido, quizás, el más rico en sugerencias, y destacarse en el conjunto del libro por las posibilidades que debió agotar. Melfi confía a los investigadores literarios la tarea de ahondar el problema que él plantea, de la escasez de libros pasionales en la literatura chilena. Lástima que el autor de «El viaje literario», no lo abordase en el capítulo que anotamos. ¡Qué soberbio ensayo habríamos saboreado! Se limita a saborear ligeramente el contenido y la tendencia sentimental de la obra de Blest Gana y de Orrego Luco, su influencia en la siguiente generación de escritores y la relación de la vida nacional en constante mutación, con la obra literaria de muchos de ellos. Se-

ñala de paso la carencia de una literatura de vida interior, diarios y memorias íntimas, que tanto abundan en países de otra sensibilidad. Culpa de ello a la raza, «positiva, sin fantasía». Esta afirmación es discutible. Quien sabe si se explica mejor la ausencia de vena pasional en nuestra literatura, así como en nuestra pintura la penuria del motivo humano, por la prepotencia del paisaje en la vida chilena, sobre todo en el campo y en la aldea, y, en la vida de ciudad, por la fuerza inquisidora de una tradición religiosa sin contrapeso. Una prueba de ello es la notable evolución hacia lo interno—sentimiento, imaginación, sensibilidad, complejo sexual—, que está experimentando la novela chilena en nuestros días. Un país nuevo como el nuestro tiene mucha materia virgen que agotar antes de adentrarse en los ricos espacios del alma.

El otro capítulo, denominado «Chilenidad, criollismo, paisaje», pudo merecer a nuestro juicio mayor desarrollo. Se habla tanto del tema en todas partes y hay tanta confusión intencionada y tanto equívoco cada vez que se discute si la novela debe ser criolla en un ciento por ciento o estilizada en cierta medida, si la novela o el cuento de ciudad es obra criolla como lo es la obra de campo, etc. El tema da para muchas páginas y los elementos de juicio pululan no sólo en Chile sino en toda América. Sin embargo, Melfi estampa juicios sin atenuantes que ponen las cosas en su sitio. Y hace bien, pues toda esta gente de influencia extranjera que tercia en los medios literarios de nuestro país y a veces interviene en la prensa, no pierde ocasión para la defensa de un género incierto, débil y artificial, argumentando que los hombres de todos los países son iguales. El criollismo de estos paladines les parece incompatible con la decencia, y a este propósito es necesario decir que el chileno puro, aquel que muestra más de un cincuenta por ciento de aborigen en la estampa, es el peor enemigo de lo criollo. . . Dice Melfi: «No creo que por ser personaje de abolengo el personaje de una novela de ambiente de ciudad,

deje por ello de ser chileno. La aristocracia de estos pueblos hispanoamericanos, tienen también modalidades especiales, costumbres propias, aunque los matices del arrivismo o de la copia de costumbres europeas desvirtúe su primitiva naturaleza». Después agrega: «Con lo que quiero decir que la chilenidad es exactamente igual para toda creación, sea ésta de tipo campesino o de tipo de ciudad».

Libro de rica substancia, vaciado en prosa de clásica densidad, que el escritor caldeó con brasa cordial.—LAUTARO YANKAS.

POESÍA DE ABELARDO VÁSQUEZ

Podemos contar buenos meses desde que este cuerpo curvado y blando en altura, y como escurrido de andar, que sujeta el alma de Abelardo Vásquez, paseó las calles de Santiago en uno de esos viajes de ocurrencia que lo arrancara de Mendoza, seguido por un amigo de esos que, como el poeta de nuestra atención, abren las alas cada vez que miran el cielo.

Es posible que los pájaros ciñan su vuelo a la órbita de los riscos donde a veces descansan y comen, o a los llanos que midieron su audacia. Pero se me ocurre que los pájaros tienen en sus alas el signo de la distancia indefinida—distancia sin fronteras—y así también, el signo de la divina altura que subyuga y anonada los horizontes rastreros de la tierra.

Decimos esto, pensando en esta figura algo doblada y lenta de Abelardo Vásquez, hombre que guarda silenciosamente sus alas siempre apuntadas para las celebraciones del espíritu. Porque en los días que lo vimos y lo escuchamos, nos dió la revelación del ave, mientras nos hablaba de la poesía y del aliento de esta tierra americana que su palabra hilvanó Hermanándola con soberanía indudable.